**Domingo 5º de Cuaresma B (18.03.2018): Juan 12,20-33.**

***“El grano de trigo… Amaos…”.* Te lo digo y lo escribo CONTIGO.**

Hemos llegado al quinto y último domingo de la Cuaresma. El siguiente será ya el llamado ‘Domingo de Ramos’. Los planificadores vaticanos del culto y de la liturgia nos han programado una lectura muy explícita e intencionadamente seleccionada: **Juan 12,20-33**. Hace una semana nos propusieron un texto del capítulo tercero de este mismo Evangelio. Y hace dos semanas se nos invitó a leer una parte del capítulo segundo. ¿Es ésta la manera de acercarnos, leer y comprender el mensaje del Evangelio de Juan sobre Jesús de Nazaret?

Pediría a quien me lee aquí que, ahora mismo, abra su Biblia y lea en ella el relato que se nos anunciará en las liturgias de la santa misa eucarística de este dieciocho de marzo. Se constatará que este Evangelista nos ha contado la llamada secuencia de ‘la entrada de Jesús en Jerusalén’ en 12,12-19, justamente antes de lo que nos deberemos meditar y que dice así: *“Había algunos griegos de los que subían a la fiesta. Estos se dirigieron a Felipe… y le dijeron: ¡queremos ver a Jesús! Felipe fue a decírselo a Andrés… Y Jesús les respondió:* ***ha llegado la hora****... Decía esto para significar de qué muerte iba a morir”* (Juan 12,20-33).

El Evangelista nos ha recordado anteriormente que ésta es ya la tercera fiesta de Pascua que celebra Jesús en Jerusalén. La primera fue en Juan 2,13-25. La segunda fue en Juan 6,1-71. Y estamos ya en la tercera (Juan 12,1). Por lo que nos informa este cuarto Evangelista junto a Jesús, y a quienes le siguen, participan en esta fiesta judía ‘unos griegos’. ¿Cuántas tesis doctorales andan ‘cum laude’ en las mil cátedras de la teología con la investigación de la identidad de estos griegos? Todas las explicaciones serán válidas y mis neuronas de creyente me insinúan que ‘estos tales griegos’ somos tú y yo y cuantos leemos a este Juan, evangelista.

Las palabras que este escritor Juan ha colocado en boca de Jesús de Nazaret no las encontraremos en ningún otro Evangelio. Sólo le pertenecen a este Evangelista y cuanto más las leo más se me parece esta escena a la que los otros tres Evangelios sinópticos describen como ‘la experiencia en la noche última en el huerto de los Olivos’: *“Ha llegado la hora”* (12,23), dice este narrador que ya dejó anunciado este asunto de la ‘hora’ en Juan 2,1-11 cuando contó el final de la religión de las purificaciones (el agua de Caná) porque está llegando la religión que podría llamarse del ‘amaos unos a otros’ (el vino bueno de la boda de Caná).

En esta hora de la presencia de los griegos o en esta hora del huerto y de la noche, este Jesús del Evangelista Juan sólo habla del amor y del servicio. No existe otra norma, ni otro plan, ni otro camino, ni otra religión, ni otro sacramento…

Por ser de pueblo y con infancia de labrador me quedaré muy en silencio, mientras mi cuerpo aguante, para contemplar la vida de **la imagen de este Jesús de Nazaret, ¡grano de trigo!** ¿Cuánta fuerza se encierra en esta imagen del trigo sembrado, granado y cosechado?

Pudo hablar este Juan del grano de maíz, de soja, de mijo, de arroz… Pero era, lo eran todos a su alrededor, personas mediterráneas y habló de ser trigo que se transforma en pan. Al trigo nuevo, pleno y bueno le llega la hora de resucitarse en pan… ¡partido, repartido, compartido!

**Domingo 16º de Lucas (18.03.2018): Lucas 5,12-16**

***“El reinado de Dios está dentro… de ti y de mí” (Lucas 17,21)***

El relato siguiente del Evangelio de Lucas que trato de comentar es muy breve. Cinco versículos nada más para contar tres asuntos, entre otras varias sugerencias: la curación de un leproso (Lc 5,12-14), la consecuencia de oír a Jesús (5,15) y la oración de Jesús (5,16). Después de esto, tan sencillo y tan desestabilizador, una multitud de fariseos y de doctores de la ley se acercaron a Jesús y se sentaron para… ¿oírle, aprender de él, abrirle expediente…? (5,17-26).

*“Y sucedió que, estando en una ciudad, se presentó un hombre cubierto de lepra…”* (Lc 5,12). Así es como este narrador que es Lucas nos cuenta el hacer y decir de su Jesús de Nazaret. Si algún lector va buscando precisiones de espacio y tiempo acabará con más incertidumbres que certezas. En este texto tiene uno de esos ejemplos bien claritos: ‘*Sucedió en una ciudad’*. Sin embargo me pregunto, ¿cómo era posible, entonces, que hubiera un leproso en una ciudad?

La Ley del Dios de Moisés y de Israel describía con claridad la condición de enfermo y pecador de toda persona afectada por la lepra. Lo cuenta excelentemente bien el libro del Levítico en sus capítulos decimotercero y decimocuarto: *“Yavé Dios habló a Moisés y a Aarón y les dijo: cuando uno tenga en la piel de su cuerpo tumor, erupción o mancha… Esta es la ley que ha de aplicarse al leproso el día de su purificación… Esta es la ley de la lepra”* (Levítico 13,1 a 14,57).

Quiero pensar, aunque me siga equivocando, que Jesús de Nazaret habló explícitamente sobre la inhumanidad de esta ‘ley de la lepra’ aunque fuera una ley de Dios. Sólo así es posible imaginar que aquel leproso de aquella ciudad se hubiera enterado de cuanto hacía y decía aquel galileo y laico de Nazaret sobre la lepra y la ley de su religión.

¿Qué esperaba aquel leproso encontrar en Jesús? Esperaba una palabra y un gesto de sentido que nadie se había atrevido a compartir con él. Por eso se acercó a Jesús y le extendió sus manos. Por eso, Jesús no rehusó aquella cercanía. Al contrario, se acercó aún más hasta fundirse los dos en un abrazo entrañablemente inmenso. Y una palabra: ¡te quiero! Y que esto lo sepan las autoridades sacerdotales de aquel templo de Jerusalén y de su Ley de Moisés.

**El asunto segundo** de esta buena noticia que nos cuenta Lucas de Jesús es la difusión de este hablar y hacer de su Jesús de Nazaret. Éste vivía así por estar impulsado desde sus adentros por el espíritu que le habitaba, como bien nos había anunciado en Lucas 4,14-24. Sólo así comprendo, como lector del relato, que ‘escuchar’ la evangelización de Jesús es sentir que mis enfermedades mentales (¿espirituales o de espíritu?) comienzan a desaparecer. ¿Cómo olvidar este ‘oír’ a Jesús y ‘ser curado’ de toda enfermedad? (Lucas 5,15). Es imposible olvidar.

Y el narrador añade aquí y ahora otro dato, **el tercero** de esta breve secuencia de la vida cotidiana de su adulto y creyente Jesús el galileo: *“Se retiraba Jesús a los lugares solitarios, donde oraba”* (Lucas 5,16). Me parece percibir en mi lectura de este mensaje que el Evangelista relaciona el dato de ‘la fama o populosa acogida de la evangelización’ de su Jesús con su decisión de retirarse, ¿solo, acompañado?, a orar. ¿Qué o cómo era su oración? Nada se dice. ¿Puedo imaginar que se ocupaba en pasear sus neuronas al aire de su respiración?